

✱ Imagen del Mes de Diciembre ✱



*"Demandar lo que quiero: Conocimiento interno
del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para"
"en Su Amor aprender a amar."*

Ignacio de Loyola y Alfred Delp S.J.

+ Año Santo de la Misericordia +

Navidad. Año de la Encarnación del Señor 2015

Natividad de Autun

Introducción

Este cuadro está expuesto en el Museo Rolin de Autun y la fecha de su realización podría oscilar entre los años 1470 – 1480.

El hombre del siglo XV tenía experiencia de enormes sufrimientos como la peste, las hambrunas, las guerras; todos estos males le dejaron marcado por una terrible angustia, de la que se quería desembarazar buscando de forma frenética la belleza, esa belleza que le aportaba el arte religioso de la época.

Su autor es el pintor misterioso conocido con el nombre de Maestro de Moulins. Si uno no se quiere contentar con el simple placer estético, que admira colores y composición, y si lo que se busca es comprender la escena en toda su profundidad y escudriñar la variedad de detalles, la situación de cada personaje, el color de sus vestiduras, el significado de sus gestos, el misterio que emana de la obra, entonces es necesario dejar que hable la memoria: la Escritura, la simbología, la liturgia, la poesía dan al cuadro todo su sentido y el espectador puede seguir los pasos de los artistas de finales del siglo XV. En esta época el arte completaba la filosofía y la belleza de la obra maestra conducía a lo divino.

Entre Borgoña donde pintó el Maestro de Moulins la *Natividad* y Borbonés donde realizó el *Tríptico de la Virgen en Gloria*, transcurrieron veinte años. Reuniendo cualidades propias de los flamencos y de los italianos, evolucionando con desenvoltura entre los colores fríos del Norte y los tonos intensos de Italia, este pintor, cuyo nombre no se conoce con certeza porque las obras no están firmadas, ha intrigado tanto a los críticos, que han sido necesarios muchos estudios y controversias para intentar discernir el misterio de su identidad.

Pero el Maestro de Moulins, ¿quién era realmente? Entre los artistas a los que se ha atribuido la identidad del Maestro de Moulins – Bourdichon, Perréal, Prévost y Jean Hey – sólo este último presenta criterios coherentes. Formado en un taller flamenco de los Países Bajos antes de 1480, habría seguido a su maestro Hugo van der Goes, que le habría introducido en la corte de Borgoña, donde el *Cardenal Rolin*, hijo de Nicolás Rolin, canciller del Duque de Borgoña Felipe III el Bueno y ahijado del anterior Duque de Borgoña Juan sin Miedo, le habría encargado la *Natividad* para decorar la catedral de Autun.

Entre las diferentes obras que se le atribuyen, la *Natividad* y el *Tríptico de la Virgen en gloria* representan composiciones donde se expresa lo mejor de su arte pictórico. En efecto, en estas obras resalta la riqueza de su paleta y la inteligencia con la que sitúa a sus personajes. El examen de esta obra en reflectografía de infrarrojos señala que el pintor ha preparado la composición con un dibujo muy detallado, en el que sitúa con todo detalle los elementos más importantes. El busto de la Virgen queda definido por un contorno muy preciso, trazado por una mano firme, sin titubeos. Las mismas características se hallan en la preparación del busto de San José. Lo esencial se hace presente desde el primer momento. En los rostros de ambos se observa una concentración de la mirada dirigida hacia abajo, hacia el Niño.

La deslumbrante blancura inmaculada de María

Después de las reflexiones anteriores, es tiempo ahora de dirigir la mirada a esta obra maestra, que invita a la contemplación y al silencio, más allá del ruido de tantas controversias sobre su autor.

La armonía del colorido, el realismo de las figuras, la posición de todas las manos en plegaria, la composición de la decoración forman un conjunto de una riqueza espiritual innegable.

Desde el primer momento la mirada del espectador queda prendida en la figura de María, que aparece deslumbrante de blancura, con una blancura inmaculada y diáfana, como si portase en ella un rayo de la luz celestial.

En el centro del cuadro, como si saliese de una mandorla esculpida por los pliegues de su capa emerge la figura de María. Su tocado, como una especie de pañuelo anudado en la nuca, se distingue por dos pequeñas puntas en triángulo superpuestas, una debajo de la otra. Tocados similares llevaban las reinas en aquella época.

El Maestro de Moulins ha obsequiado a María con una presencia que desborda lo terrenal para entrar en el ámbito celestial. En su pintura expresa de forma iconográfica la imagen que formulan las plegarias marianas, en las que la Virgen es saludada como Reina de los cielos y de los ángeles. Una frente abombada, una nariz muy derecha, los ojos almendrados, los labios delgados componen una imagen sin defecto posible. Sus manos blancas y finas

confirman un origen aristocrático. Una luz blanca emana de su rostro y de su ropaje, cuando se podría esperar una imagen de colores vivos que sugiriesen el calor maternal.

El azul, color de la fidelidad, envuelve a María hasta el punto de que este color se percibe en su rostro como si toda realidad carnal se hubiese desvanecido para dejar paso a una vida llena de gracia. La Virgen fue concebida sin pecado original y su cuerpo vibra, iluminado por la pureza divina. El blanco de su tocado, el rosa, apenas perceptible de sus mejillas, están impregnados de un azul pastel, que la vuelve casi diáfana. De un azul oscuro, el manto de la Virgen reposa apenas sobre sus hombros. Una verdadera aureola de zafiro transfigura a María. Al fondo del cuadro un ángel, vestido de azul como María, anuncia a los pastores la Buena Nueva.

En la Divina Comedia, Dante se complace en contemplar a María como “*el bello zafiro, en el que ‘se en-zafira’ el más bello de los cielos*”. El poeta celebra tanto su comparación que crea una palabra original. Este verbo ‘en-zafirarse’ se adecua totalmente a luz azulada que ha creado el Maestro de Moulins para irradiar la carne de su rostro, impregnar el lino blanco que cubre los cabellos y multiplicar, de forma similar a una piedra tallada, los matices del azul.

Pero la imagen de María engarzada en este zafiro evoca también con fuerza una imagen más lejana. Cuando el pueblo de Israel había sido vencido por los babilonios y vivía en el exilio, el profeta Isaías había anunciado la reconstrucción de Jerusalem. Para poner sus cimientos y reedificar sus murallas Dios elegiría zafiros y rubíes (Isaías 54,11). Detrás de la promesa de la ciudad fundada sobre piedras preciosas con brillo imputrescible y con dureza cristalina, el profeta quería expresar que la muerte y el mal serían vencidos. María representa la fe perfecta de Israel, llevando en su seno la paciencia de los siglos, que esperaban la venida de Cristo. Habitada por esta fidelidad sin mancha, como buena *Hija de Sión*, ha respondido al mensaje del ángel, porque ha traído al mundo al Hijo de Dios, que ha permitido la edificación de la Jerusalem celestial, que había anunciado el profeta. El pintor, con su arte, ha elegido todas las gamas de este azul cargado de símbolos y sugiere que María, verdadero zafiro, encarna de este modo la Jerusalem salvada y edificada por Dios, tan querida del profeta Isaías. Esta comparación era familiar para los

fieles que recitaban una plegaria, invocando a María cortés y graciosa, grata y fecunda, piedra preciosa entre todas.

Las manos de María están, como las de José y las de los dos los ángeles, en posición orante, pero de forma diferente y única en esta obra. La Virgen se consagra por entero a la adoración del Niño. No junta las manos en oración, como la representan muchos artistas en esta escena, sino que las tiene abiertas y en dirección al Niño de una forma que en la actualidad ha quedado relegada a la liturgia de la Misa, pero que fue frecuente en los primeros tiempos del cristianismo.

Esta espléndida imagen de María, que creó el Maestro de Moulins, expresa con asombrosa claridad, certeza y belleza los dogmas marianos:

la Inmaculada Concepción, la Maternidad virginal y la Asunción a los cielos. Su carne, transida de eternidad desde su nacimiento, no podía ser corruptible.

José

José aparece claramente como un personaje, cuyos rasgos físicos, el color de su piel y toda su figura, no tienen ningún parentesco humano con la Madre y el Hijo. José tiene la tez viva y cálida en claro contraste con la carnación en porcelana frágil y pálida de María.

¿Qué esperanza se oculta detrás de esos ojos que admiran al recién nacido? El castaño apenas entrecano de sus cabellos y de su barba, su figura pensativa y su mirada benévola contrastan con el rostro tan blanco de su esposa.

Descendiente del pueblo que ha errado durante cuarenta años por el desierto, lleva sobre sí los matices cálidos de la roca y de la arena en la puesta del sol. Al lado de María resume en su persona el linaje de los pastores y de los agricultores, de los viñadores y de los jardineros, que recibieron de Dios un país que destilaba leche y miel. José, marcado por los colores de la tierra prometida, y María, portando el resplandor del zafiro, representan la tierra y el cielo reunidos en torno al Niño: encarnan las bodas de la Antigua y de la Nueva Alianza, reconciliando la Creación con su Creador.



Un Niño desnudo, sin fuerza ni defensa, reposa sobre un paño blanco que recubre la paja del pesebre.

www.vacarparacon-siderar.es